



Ricardo
Forster

ENTRE DOS SIGLOS

Cartografía
de un tiempo de crisis

TUSQUETS
EDITORES

Ricardo Forster
Entre dos siglos:
cartografía de un tiempo de crisis

Índice

Prólogo	11
Primera parte	23
El tiempo estallado: la tradición y la transmisión entre el presente continuo, el pasado olvidado y el futuro distópico	25
Pensar entre dos siglos (una mirada en espejo para entender semejanzas y diferencias entre el período de entreguerras y el siglo XXI).....	103
La biblioteca (una mirada nostálgica y especular).....	183
Segunda parte	237
Las paradojas de la libertad en la travesía de un nuevo siglo	239
De la sociedad del conocimiento a la inteligencia artificial: ¿el fin de la “historia interminable” y el triunfo de “los ladrones del tiempo”?	327
El laberinto de las palabras (entre la cultura y la barbarie, el nihilismo y la autenticidad, lo tribal y lo cosmopolita, la violencia y la redención). . .	377

Tercera parte	483
Escenas del siglo XX	485
Un viaje, biográfico, cargando las maletas de la política y el arte ..	567
Las huellas semiborradas de la utopía: una mirada desde el sur.	607

Recuerdo cuando hace unos cuantos años nos reunimos un pequeño grupo de amigos (un psicoanalista, un sociólogo, un historiador y dos filósofos) a conversar, por pedido de una editorial, en torno al problema de la *transmisión del conocimiento*.² Desde el comienzo de nuestro diálogo quedó claro que cierta incomodidad nos recorría, que no se trataba de ir directamente al grano, es decir, de aclarar lo que cada uno de nosotros entendía por “transmisión de conocimiento”, lo que discutiríamos sería aquello que se guardaba en el cofre de las palabras. Sin aclararlo nos deslizamos hacia el territorio siempre huidizo y opaco del lenguaje, nos internamos por las sendas de una interminable hermenéutica en la que se irían poniendo en juego sensibilidades, políticas, modos del entendimiento, tradiciones encontradas. A ninguno parecía interesarle la cuestión contenida en lo mentado por la frase disparadora, de lo que se trataba era de indagar por lo que se quería decir cuando se hablaba de *transmisión*. ¿De qué estábamos hablando? ¿Hacia dónde queríamos dirigirnos? ¿A quiénes transmitíamos esos saberes de los que éramos supuestos portadores? Uno de nosotros, con su especial sensibilidad

² De ese encuentro participaron Germán García, Horacio González, Ignacio Lewkowickz, Diego Tatián y Ricardo Forster, y su resultado fue el libro *La transmisión del conocimiento* (Buenos Aires, Altamira, 2004). Ni Germán, ni Horacio ni Ignacio están entre nosotros pero, como no podía ser de otro modo, seguimos dialogando con sus libros y con sus recuerdos persistentes y permanentes.

para atender los matices, para hurgar en los detalles y para darle una vuelta más a los términos, simplemente se ocupó de señalar su incomodidad ante una palabra tan connotada como “transmisión”. Algo en ella no le resultaba satisfactorio, como si guardase una significación demasiado determinante que lejos de abrir la posibilidad de la crítica parecía clausurar, con su altisonancia, toda apertura de sentido. Y, sin embargo, alrededor de esa palabra se juega el destino de la memoria, del vínculo entre las generaciones y también, por qué no, el de las humanidades; su relegamiento implica una fuerte toma de partido, un reclamo signado por el dominio, en nuestras prácticas, de la lógica evanescente del instante.

En esos más de veinte años transcurridos desde aquel encuentro demasiadas cosas han pasado y han contribuido a exacerbar lo que siendo para nosotros un problema central todavía no había alcanzado la dimensión de desgarradura extrema que hoy, por doquier, va configurando la relación malsana y agrietada entre generaciones. En aquella conversación expresamos nuestras preocupaciones ante la transformación del pasado en mercancía cultural, ante el predominio de lo efímero y fugaz como característica imperante del capitalismo neoliberal y, sobre todo, ante la evidencia de que la memoria se iba extraviando hasta el punto de ya no inquietar a las nuevas generaciones. Todavía, y eso a pesar de las múltiples señales que emanaban de la cada vez más generalizada expansión de las tecnologías digitales, no convertimos en tema de nuestra conversación su impacto en aquellos momentos iniciales del siglo XXI, aunque todos sabíamos que la marcha a ritmo forzado de esa nueva realidad nos acabaría llevando hacia una completa transformación de nuestras prácticas individuales y colectivas. Lejos estábamos de imaginar que en la actualidad tendríamos que lidiar con el dominio, casi absoluto, de un presente continuo, articulado alrededor de una radical expansión de la digitalización del mundo y el

correspondiente desplazamiento de la transmisión analógica hacia la esfera de lo anacrónico. No alcanzábamos a imaginar la devastación que las estructuras más profundas de la memoria iban a sufrir a partir del predominio, en la vida cotidiana de la mayor parte de la humanidad, de esas tecnologías capaces de desplazar la realidad al punto de crear nuevas formas de subjetivación asociadas a lo virtual y a la desmaterialización. Pero tampoco, quizás porque algunos de nosotros éramos más jóvenes, imaginábamos que pocos años después se profundizaría hasta niveles alarmantes la grieta entre las generaciones. Incluso en ese diálogo Germán y Horacio representaban una generación más grande, Ignacio y yo una intermedia y Diego una aún más joven sin que sintiéramos la abrumadora distancia que hoy se vislumbra por doquier. En aquel comienzo de siglo todavía seguía cobrando significación todo aquello que tuviera que ver con las herencias y los legados, aunque ya éramos conscientes de que se marchaba a velocidad creciente hacia un distanciamiento cada año más pronunciado y abismal. Un cierto clima crepuscular sobrevoló aquel inolvidable encuentro como también nos embargó la alegría de sabernos cómplices de saberes amenazados. Sin ninguna duda, cada uno de nosotros sentía, pese a las diferencias generacionales, que compartía ideas y lecturas con los demás. No hubo en esa conversación memorable la incomodidad de la incomprensión, la certeza de una distancia irrevocable, como podría suceder en la actualidad si intentásemos reproducir un encuentro semejante. ¿Cuáles serían los puntos de encuentro veinte años después y cuándo es abrumadora la grieta que se abre entre las generaciones? ¿Qué lecturas, qué legados, qué complicidades biográficas podrían hacerse presentes si hiciésemos una reunión intergeneracional? ¿Hablaríamos un idioma común, podríamos entendernos los mayores con los más jóvenes? Estas preguntas me las hago cuando imagino que un encuentro como aquel pareciera ser de muy difícil realización.

Cuando esos puentes de ida y vuelta que, todavía un par de décadas atrás, nos permitieron conversar con intensidad y reconociéndonos los unos y los otros como miembros de una herencia compartida, hoy han sido prácticamente demolidos. De todos modos, seguimos insistiendo imaginando diálogos y encuentros, remando contra la corriente y sospechando que todavía quedan intersticios por los que se pueden colar esas conversaciones en las que vuelvan a mezclarse las generaciones.

A lo que nos confrontamos era no solo a aquello que supuestamente legitimaba nuestras prácticas sino, más significativo y relevante, nos debíamos enfrentar con el sentido de nuestros lenguajes y las posibilidades, ciertas o no, evidentes o dudosas, de entregar a otra generación algo de lo que poseíamos como custodios. Se nos ofrecía la oportunidad de discutir no apenas las vicisitudes y afanes de un grupo de académicos y amigos, sus desvelos por ser reconocidos o por encontrar alguna justificación a sus quehaceres un tanto enmohecidos y anacrónicos; más que eso, lo que emergió fue la tormentosa relación a dos puntas, la que seguíamos estableciendo con el pasado y aquella nacida de una más que compleja y ardua vinculación con las generaciones más jóvenes, esas que no parecían ni parecen identificarse con aquellas tradiciones ancladas en otro tiempo que ya no es el suyo. Como consecuencia la discusión no pudo, en ese momento, ni puede, ahora, eludir temas esenciales que hacen a todo aquello que le da o no sentido y legitimidad a nuestro estar en el mundo, a esas búsquedas de intercambio y reconocimiento que subyacen a todo gesto instituido por el acto de transmitir. ¿Qué lenguajes encontrar para descubrir lo propio y lo del otro? ¿Qué olvidar y qué recordar sabiendo que en esas políticas de la memoria se juega mucho más que una relación casual con el pasado? ¿Qué se puede enseñar y cómo hacerlo en un tiempo en el que ninguna palabra parece sostenerse más allá de un instante y en el que los actores del drama se corren, apresuradamente,

de los roles conocidos para desplazarse hacia escenarios nuevos y en mutación permanente? ¿Seguía siendo posible volverse hospitalario con las generaciones más jóvenes o, por el contrario, en esa supuesta hospitalidad se guardaba, y se guarda, una hostilidad irrecusable ante diferencias inauditas? Preguntas nacidas de la fragilidad en la que se encuentran nuestras palabras, incluso aquellas que saben perfectamente de dónde vienen. Lo que no saben es hacia dónde van o intentar ir.

El vértigo asombroso y las transformaciones operadas en las últimas dos décadas le han dado un cierto aspecto *naïf* a esas preguntas que nos hacíamos más preocupados por la relación entre el presente y el pasado como parte de una inquietud mayor que asociábamos a la sociedad del espectáculo y a la mercantilización de la nostalgia que a lo que en la actualidad redefine completamente nuestras asociaciones temporales e intergeneracionales. El riesgo ya no pasa solo por ese proceso de distanciamiento e indiferencia, sino que se vuelve mucho mayor amenazando con cerrar sobre sí misma a cada generación rompiendo todo diálogo hasta ensanchar la grieta que la separa de las otras generaciones al punto de hacer inaudible cualquier conversación. El riesgo es la ininteligibilidad, la incapacidad de los hablantes de entenderse y, peor aún, de escucharse, de interesarse por los otros, de abrirse a la diferencia. Cuando lo que predomina es la indiferencia lo que se vuelve imposible es la transmisión. Tal vez este sea el mayor peligro de nuestro tiempo en el que las tecnologías digitales se nos ofrecen como la última panacea capaz de amplificar nuestra sensibilidad y nuestro modo de comprender el mundo. Lo que no queremos ver es aquello que se va volviendo el dato prevaleciente: la desaparición de los vínculos intergeneracionales, el desprecio como factor que define la manera a través de la que los jóvenes establecen una distancia cada vez mayor respecto de quienes provienen de otra época. Indiferencia e ignorancia acaban por

convertirse en prácticas dominantes al tiempo que la virtualidad se va devorando los últimos restos de presencialidad. Un silencio ominoso domina la escena. ¿Acaso, me pregunto transitando los últimos años de la sexta década de mi vida, la responsabilidad del diálogo trunco es de los jóvenes o, por el contrario, no somos nosotros, los mayores, los que no encontramos los modos adecuados para reiniciar la conversación? Confieso que me atrae, hoy más que nunca, la tentación del monje, de aquel que se retira a un lugar apartado y sigue dialogando con los espectros. Releer los libros amados, recordar a los amigos que ya no están, viajar con el peso de la nostalgia hacia aquellos parajes en los que sucedieron cosas memorables, huir, en parte, de un presente asfixiante, inhóspito, para quedar fuera del tiempo, a deshora, anacrónico. Quimeras que no dejan de importunarme con sus murmurantes promesas y que la reescritura de este ensayo no hace más que incentivar. Confieso que el sabor de la nostalgia se me vuelve dulce y suave. Ya volveré, aquí o en otro lugar, a hacer la reivindicación de la nostalgia, tan vilipendiada y ninguneada en estas épocas de aceleración.

La transmisión supone, aunque eludamos esa connotación, la cuestión de la *tradición*; quien intenta colocarse en el orden de la transmisión sabe que lo que está poniendo en juego, aquello que subyace a su objetivo, es la persistencia de ciertos legados, la continuidad de un eslabonamiento que se constituye en el despliegue de la cadena de la tradición. Por lo tanto, hay cierto conservadurismo en el acto de legarle a otro un saber que tiene raíces y que no solo responde a lo efímero del presente. No se trata, entonces, de eludir los vínculos inescindibles que existen entre una determinada enseñanza y los múltiples hilos que nos reconducen hacia el pasado. La transmisión no puede sino girar hacia el ayer, saberse deudora de escrituras y de prácticas, de ensoñaciones teóricas y de gestos políticos que, diluidos por el trabajo despiadado del tiempo,

siguen estando allí, solapadamente y a la espera de que alguien venga a reclamarlos. Porque la transmisión es una responsabilidad que asumimos con el pasado, es lo que de la memoria persiste en la actualidad y que desnuda, muchas veces, nuestras carencias y nuestros olvidos. Por eso, tal vez, toda transmisión al inscribirse en el registro de una tradición debe hacerse cargo de un determinado gesto ético, pero también de un fatal anacronismo, de un deslizarse hacia la inutilidad, de un salirse de época perdiendo a sus interlocutores. Su puesta en acto nunca es gratuita.

Sin darnos cuenta vamos entregando una tras otra nuestras experiencias y nuestros saberes. Algo de lo propio se desvanece y queda sumergido en las aguas del olvido. Como si la lengua que hablamos se hubiera vuelto ininteligible para las nuevas generaciones. Palabras extrañas y extraviadas que ya no dicen nada. Nos volvemos hablantes de un idioma encriptado y radicalmente extranjero. El otro solo escucha un murmullo incomprensible. Surge una pregunta que inquieta: ¿son los otros, los jóvenes, los responsables de esa incomunicación? ¿será posible que proyectemos sobre ellos nuestras propias fallas? Sobre estas y otras preguntas deberemos volver si es que todavía seguimos convencidos de la importancia vital de la transmisión. Abandonarlas sería encerrarnos en nuestro propio museo construido sobre una falsa nostalgia. La amenaza que pende sobre nuestro tiempo es doble: recogerse sobre un pasado definitivamente perimido y convertido en la memoria de una generación petrificada o dejarse llevar por la lógica del olvido que se alimenta de la pura fugacidad del instante. ¿Existe otra posibilidad que logre sortear esta doble amenaza?

Me adelanto para destacar la condición anfibia de una generación a la que pertenezco. Nacidos a lo largo de la década de 1950 hemos vivido transformaciones colosales en casi todos los órdenes de la vida. Nuestras infancias y nuestras adolescencias transcurrieron entre los primeros

pasos de la televisión y la aparición en escena de modo fulgurante de la juventud, ya no como dato biológico, como algo intermedio, pero sin personalidad propia, entre la pubertad y la adultez, sino como sujeto capaz de descubrir en sí mismo un nuevo mundo de valores. Los sesenta inventaron al joven. Nuestra visión del presente se hama- caba entre el deseo de ser portadores de una novedad radical y la certeza de seguir vinculados con ideas y valores que habían sido forjados en el pasado pero que cobraban una reluciente actualidad en nuestras manos y en el interior de las experiencias culturales, políticas y sociales que venían a conmover el mundo de nuestros padres. Fuimos parte del mundo analógico: las tecnologías que nos rodearon y que estuvieron a nuestra mano no eran muy diferentes a la de las dos generaciones anteriores. Fuimos parte de los “30 años gloriosos” que, en el período de posguerra, alimentó el surgimiento y la expansión en diferentes partes del planeta del Estado de Bienestar y de la sociedad de consumo. Nuestros padres estaban convencidos de que sus hijos vivirían mejor que ellos. Creció exponencialmente la matrícula universitaria y millones de hijos e hijas de la clase obrera, especialmente en Europa y Estados Unidos (aunque también en Argentina se dio algo parecido con la llegada del peronismo) ingresaron en el mundo universitario para cambiarlo para siempre. Hubiéramos podido ser una generación conservadora de lo que se iba logrando en términos materiales y, sin embargo y para sorpresa de muchos, nos convertimos, junto a la generación nacida la década anterior, en forjadores de movimientos contraculturales, revolucionarios y anticapitalistas. Sin darnos cuenta, fuimos la última generación que creyó que podía tomar el cielo por asalto y que la revolución (social, política, cultural, espiritual y comunitaria) estaba a la orden del día. Fuimos las generaciones apasionadas por las luchas de liberación nacional de los pueblos terceristas (los nombres del Che Guevara, de Frantz Fanon,

de Malcolm X, de Patrice Lumumba, de Ho Chi Minh se convirtieron en leyenda y en posters de cada habitación de esos jóvenes que venían a revolucionar el planeta). Fuimos las generaciones que construyeron un nuevo mapa del mundo uniendo el Mayo del 68 parisino con la Plaza de las tres culturas en Tlatelolco, la Primavera de Praga con el Cordobazo, la rebelión de los estudiantes estadounidenses que se negaban a ir como carne de cañón a Vietnam con la revolución de los claveles portuguesa, las independencias de Angola y Mozambique con la entrada de los sandinistas a Managua en el año del canto de cisne de los sueños revolucionarios de esas generaciones, 1979. Pero también fuimos aquellos jóvenes que siguieron a la era de Acuario y que buscaron los caminos que conducían a Katmandú. El hipismo y el rock se convirtieron en parte inescindible de esos nuevos valores que soñaban con un mundo de “paz, amor y flores” mientras escuchaban, bajo una nube de humo de marihuana, en Woodstock, a Jimi Hendrix y a Janis Joplin, a Santana y a The Who, pero también a Bob Dylan y a Joan Báez. Todo fue muy veloz y, en el giro de los años setenta a los ochenta, los sueños revolucionarios se convirtieron en cosa del pasado mientras se iniciaba una etapa del capitalismo dominada por el espíritu de una profunda y despiadada contrarrevolución que comenzaría a invertir los grandes logros de los “treinta gloriosos” para inaugurar la época hegemonizada por el “nuevo espíritu del capitalismo” bajo sello neoliberal. Muchos de los integrantes de esa doble generación (de las décadas del 40 y del 50) terminaron, dejada atrás la juventud, por incorporarse plenamente al nuevo sistema económico y a los nuevos valores de la sociedad de mercado en la que se anunciaba a los cuatro vientos el fin definitivo del socialismo y de cualquier alternativa distinta a la del neoliberalismo globalizado. Fueron los años del profeta Fukuyama anunciando desde Washington “el fin de la historia y la muerte de las ideologías”. Por delante de nuestras puertas

pasaba el cortejo que llevaba el cadáver del sesentismo. En nuestra condición anfibia seguimos leyendo la realidad influidos por las herencias culturales, ideológicas y políticas que nos habían marcado, aunque sintiendo, en lo más íntimo, que aquel mundo en el que nos habíamos educado se volvía irremediablemente anacrónico. En un lapso demasiado breve todo pareció derrumbarse a nuestro alrededor al tiempo que se iniciaba, a su vez, una época de transformaciones tecnológicas que impactarían con la velocidad del rayo en nuestras existencias aturcidas, mientras que el suelo bajo nuestros pies se sacudía con movimientos sísmicos que parecían quebrar todo lo conocido. Volvimos a descubrirnos anfibios al integrarnos a esas nuevas tecnologías digitales que venían a ofrecer un futuro que se volvía presente y que atrapaba a la humanidad con los cantos de sirena que, ahora sí, parecían atraer a todos hacia su indescifrable melodía. Internet, los buscadores digitales que nos conducían al saber de los saberes, la llegada del *smartphone* con su capacidad para hacernos creer que estábamos en el centro de un nuevo universo y conectados con redes infinitas y poderosas, el tsunami de la inteligencia artificial que sacudió nuestras credulidades, se instalaron de un modo que parecía definitivo en nuestras vidas. Casi sin darnos cuenta dejamos de ser los mismos, entregamos nuestra intimidad, nuestros secretos más profundos y hasta nuestros deseos inconscientes que se convirtieron en la mercancía más valiosa jamás conquistada por el capital. De a poco, y gracias a nuestra condición anfibia nos fuimos despertando de esta fantasía futurista descubriendo que algo oscuro comenzaba a instalarse en el interior de sociedades atravesadas de lado a lado por el fervor tecnodigital. Tal vez, por qué no, esa misma condición anfibia podría ser la condición que nos permitiese, bajo el inclemente y abrumador bombardeo de las tecnologías virtuales, iniciar otras formas de resistencia ancladas en antiguas experiencias provenientes de esos otros

mundos a los que supimos habitar con intensidad, sed de aventuras y potencia creativa. Transmitir implica, en estas condiciones, ser capaces de construir pasadizos entre épocas y entre generaciones. Ese es el desafío que marcha a contracorriente del sentido común que nos rodea.